

El conocimiento humano

El conocimiento económico y social

Natiuidad Blasco de las Heras

Los economistas tenemos que asumir que no podemos hacer dos de las actividades básicas de otras ciencias “más puras”: la experimentación y la predicción

Mi pretensión no es defender si las denominadas ciencias sociales en general, o la economía en particular, son realmente una ciencia. Sin necesidad de entrar en ese debate, creo que este ámbito de estudio es capaz de generar conocimiento nuevo que colabora al desarrollo humano y social. Y eso es lo verdaderamente importante. Vaya por delante que, a lo largo del texto, la utilización del término “ciencia económica” pretende básicamente facilitar la lectura, y en ningún caso ser reivindicativo del grado de pureza científica de la actividad a la que me dedico.

Voy a centrarme en la economía, que es el campo que más conozco, aunque muchos comentarios pueden ser válidos para otras “ciencias sociales” como el derecho, la educación, o la sociología. Las denominadas ciencias sociales son aquellas que estudian la actividad del hombre como parte de un colec-

tivo. El entorno en el que nos movemos, los grupos sociales, la familia, y las personas individualmente, nos regimos por pautas establecidas y sujetas, a su vez, a la influencia de un gran número de factores demográficos, ambientales, culturales... El conocimiento de esas pautas y la influencia de esos factores es esencial para un correcto desarrollo humano en todos los ámbitos. Esa es la razón de ser de las ciencias sociales.

“ Los seres humanos actuamos por satisfacción de los propios intereses y por juicios de valor. ”

Desde un punto de vista más particular, la economía es la rama del conocimiento que se ocupa de administrar recursos escasos entre usos alternativos. La limitación de

los recursos es precisamente lo que nos obliga a elegir. La economía es la ciencia de la elección. Nuestra vida está llena de ejemplos al respecto: cambiar los electrodomésticos o ir de vacaciones, decidir el colegio de nuestros hijos, optar por un trabajo u otro pensando en la calidad de vida futura... La economía no pretende, ni puede, ofrecer sistemáticamente recetas exactas para resolver los problemas económicos, sino proporcionar criterios de aplicación práctica que ayuden a la toma de decisiones.

Nosotros no tratamos con objetos reales o con leyes de la naturaleza, donde bajo las mismas condiciones de presión y temperatura, las mismas causas originan siempre los mismos efectos. Nosotros estudiamos al hombre en relación con otros hombres y su entorno. Si el objetivo de diferentes campos de conocimiento es distinto, ¿no es razonable pensar que las metodolo-

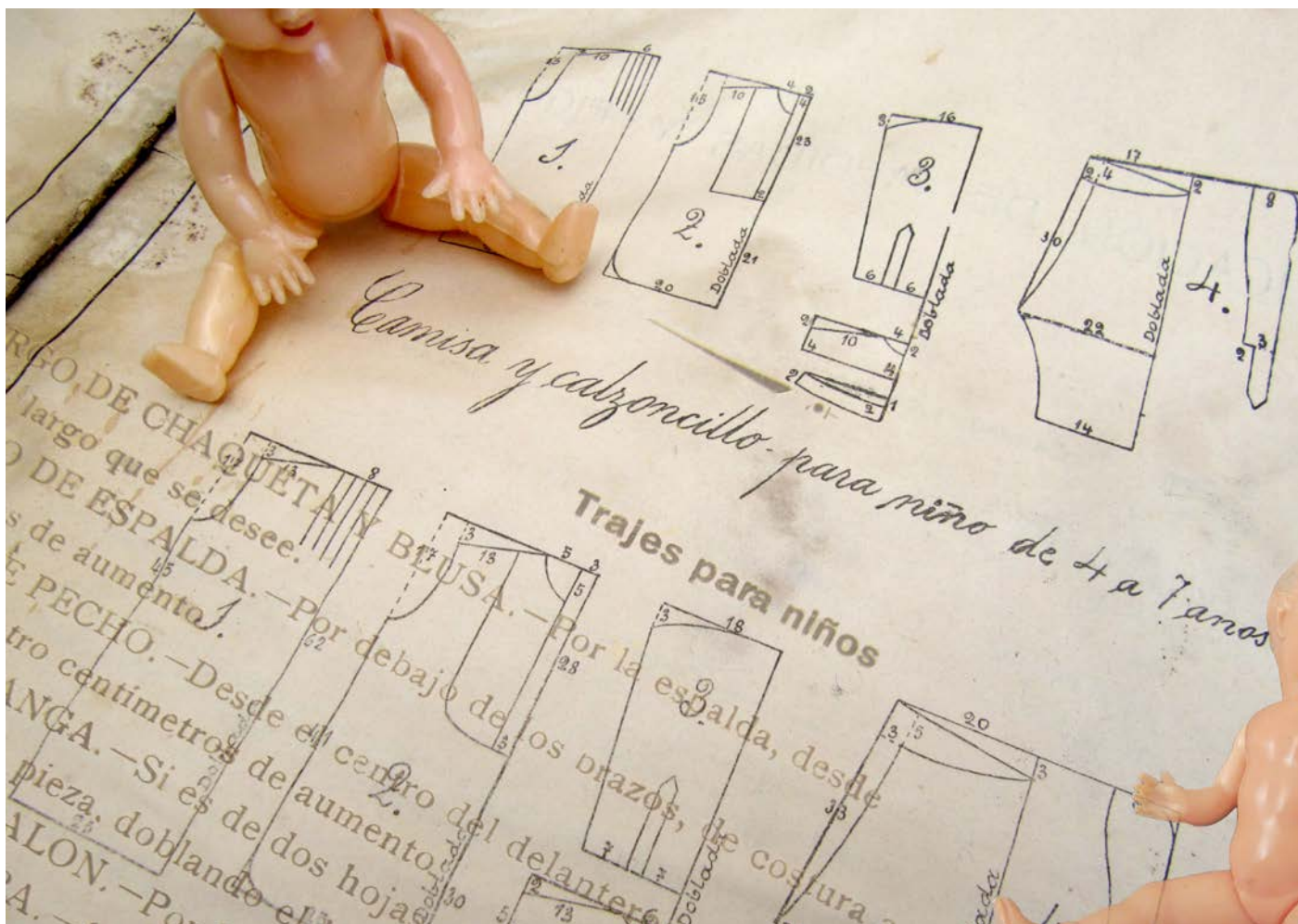


ILUSTRACIÓN: Sin título (Silvia Castell)

gías también deberían diferenciarse al menos parcialmente? Los economistas tenemos que asumir que no podemos hacer dos de las actividades básicas de otras ciencias “más puras”: la experimentación y la predicción. ¿Se imaginan experimentar repetidamente cómo afectan al gasto de las familias diferentes tipos impositivos o políticas fiscales? ¿O cómo afectan a los resultados de la empresa, o a las políticas de remuneración de los trabajadores, las diferentes políticas de endeudamiento de la compañía? Además de las implicaciones éticas, no podríamos repetir el experimento en las mismas condiciones iniciales. De manera adicional a las novedades del entorno, cada experimento anterior dejaría consecuencias que modificarían el punto de partida del experimento nuevo.

Tampoco podemos predecir. Los seres humanos actuamos por satisfacción de los propios intereses

y por juicios de valor. Y los intereses y preferencias varían, y los juicios de valor dependen incluso del grado de optimismo con el que nos levantamos por la mañana. Es decir, ni las condiciones son siempre las mismas, ni las consecuencias de una misma causa lo son. Nuestra aspiración ha de ser conseguir el conocimiento suficiente para generar los criterios más útiles posibles para la toma de decisiones.

¿Cómo trabajamos para conseguir conocimiento nuevo? La primera de las herramientas de la ciencia económica es la observación: vemos los hechos históricos y sus posteriores implicaciones. Por ejemplo, observamos que los ahorradores buscan diferentes formas de invertir su dinero. Unos prefieren los depósitos a plazo con una rentabilidad garantizada mientras que otros prefieren invertir en acciones bursátiles cuyo precio varía constantemente. La segunda

herramienta es el análisis económico, que implica desarrollar teorías sobre la conducta económica de los individuos, las empresas o los mercados, que intenten explicar la realidad observada. Así, algunos desarrollos vinculados a la conocida como Teoría de Carteras, sugieren que los individuos que invierten en activos arriesgados como las acciones, lo hacen porque esperan obtener más rentabilidad que quienes invierten en un depósito a plazo que no implica apenas sufrimiento o incertidumbre. Es decir, la rentabilidad que esperan es la rentabilidad libre de riesgo más una prima adicional que depende de la intensidad del riesgo asumido. La tercera herramienta utiliza la estadística y la econometría para contrastar un modelo simplificado concreto basado en la teoría que proponemos. A partir de datos parciales (un país concreto, una serie limitada de años, un conjunto de

acciones, unos tipos de interés que se asumen libres de riesgo...) intentamos verificar nuestra teoría.

Pensemos en la lógica de la proposición. Es lógico que yo quiera ganar más que mi vecino si yo asumo más riesgo que él. Es casi incuestionable. Pero la realidad nos dirá que no tiene porqué verificarse siempre mi expectativa. Es más, si se verificase siempre, si siempre las acciones bursátiles produjesen sistemáticamente más rentabilidad que los depósitos, nadie invertiría en depósitos. ¿Dónde quedaría entonces el concepto de riesgo? ¿Debo desechar entonces un modelo que ha contribuido a que economistas como William Sharpe o Markowitz recibieran el premio Nobel por su contribución a la economía financiera? En absoluto. A partir de ahí se sigue trabajando.

El método praxeológico busca estudiar la estructura lógica de la acción humana (praxis). La economía, según Ludwig von Mises, es una rama de la praxeología. La conducta económica no es más que un caso particular de la acción humana. Sabiendo que el hombre tiene unas preferencias, que pueden incluso variar con el tiempo, pero que sólo actúa con la finalidad de mejorar su nivel de satisfacción y que, además, es capaz de especificar claramente sus preferencias en cada momento, si entendemos los fundamentos y el proceso de razonamiento humano, no hace falta verificar ningún modelo o proposición. Los principios de la economía pueden ser deducidos y no hace falta recurrir a ningún método como los utilizados en las ciencias naturales.

Desde otra perspectiva, los seguidores de Milton Friedman, partidarios del empiricismo, postulan que la economía es, o puede ser, una ciencia objetiva precisamente en el mismo sentido que cualquiera de las ciencias naturales. Friedman insiste en que las teorías sólo son útiles y deberían ser aceptadas provisionalmente si son capaces de predecir.

Para quienes no somos expertos en pensamiento metodológico y tenemos objetivos mucho más modestos que los de estos referentes de la ciencia económica del siglo XX, tanto la introspección de Mises como la observación empírica de Friedman nos resultan de utilidad para intentar contribuir al desarrollo de nuestro campo de investigación.

De hecho, los logros y avances de la ciencia económica no suelen tener marchamos exclusivos de las distintas corrientes de pensamiento económico, sino que conviven y evolucionan dependiendo del entorno y sirven de base para nuevas aportaciones.

“ Rara vez una teoría económica conduce a conclusiones inequívocas. ”

Pensemos por ejemplo, en el modelo keynesiano. Keynes lo propuso como solución a los grandes problemas que podía tener un país en los años 30 del siglo XX: el desempleo y la inflación. Para Keynes la clave era el control de la demanda global. Para producir empleo en una economía debían bajarse impuestos para que los consumidores tuviesen más disposición a consumir, bajar los tipos de interés para que las empresas pudiesen invertir, incrementar el gasto público y devaluar la moneda para atraer demanda externa. Para controlar la inflación las recetas eran, obviamente, las contrarias. Había que disminuir la demanda. Pero, en los años 80, la crisis del petróleo permitió que conviviesen desempleo e inflación. Las subidas de precios no venían provocadas por mayor demanda, sino por incremento de los costes. Se abandona entonces el modelo keynesiano y se empieza a pensar en términos de microeconomía, en incrementar la productividad, controlar los costes

laborales o pensar en la innovación y la calidad. Sin embargo, con el estallido de la crisis del 2008, muchos economistas volvieron a resucitar las recetas keynesianas en Europa, sugiriendo incrementar el gasto público y bajar los tipos de interés para reactivar la demanda. Pero en Europa el incremento del gasto público va condicionado a unos límites en el endeudamiento soberano y en los déficits fiscales. Tampoco se puede manejar el tipo de cambio como una herramienta para atraer la demanda externa, dada la existencia del euro. ¿Desechamos de nuevo el modelo keynesiano? Mejor aprendemos de él. Rara vez una teoría económica conduce a conclusiones inequívocas.

Moraleja: volvemos al principio, la economía no pretende, ni puede, ofrecer sistemáticamente recetas de éxito para resolver los problemas económicos, sino proporcionar criterios que ayuden a mejorar la sociedad en un entorno cambiante y cada vez más complejo.